

un bocadito de su mano. Pudenciana fué á hacerlo muy contenta, y luego que se retiró, prosiguió don Rodrigo hablando con su esposa de este modo:

—¿Ya oiste el consejo que acabo de dar á Pudenciana? pues tú necesitas de otros dos, que no son de menos importancia.

El primero es, que le abras los ojos á tu hija... No, no me mires, ni te asustes sin acabarme de oír. Las muchachas cuando entran en la pubertad no son lo mismo que en la niñez. Esto lo entiendes. Luego que llegan á esa edad entran en un mundo nuevo. Pasiones, inclinaciones, sensaciones, deseos, apetitos, ocasiones y peligros, todo es nuevo para ellas. Si al fermento de su sangre, si al trastorno de sus nuevas ideas, unidos á su poca experiencia, se junta una suma ignorancia acerca de lo que puede pasarles en el mundo, están muy expuestas á perderse, ó lo que es lo mismo, á perder su virginidad con desventajas, porque mal guardará una alhaja el que no sabe lo que vale.

Por tanto, es conveniente que le expliques con modo y con prudencia qué cosa es ser virgen ó doncella. Hazle ver qué gran virtud es en una niña el recato, como señal segura de su virginidad corporal. Dile en qué consiste esta virginidad, cómo se puede perder y cómo se conserva; adviértele que perdida una vez no se restaura el honor sino mal, tarde y pocas veces; haz que se llene

de temor cuando sepa que de su conservación depende el honor de las mujeres en el estado de doncellas, y que cuando se pierde no se pierde sola, sino juntamente con la honra y la opinión; instrúyela en los artificios de que se valen los hombres para seducir á las incautas, siendo el más trillado y el más antiguo el proponerles un ventajoso casamiento; aconséjale que á nadie de éstos crea ni corresponda sin darnos parte de cuanto le pasare; dile que los hombres que parecen más rendidos y apasionados son los más sagaces seductores, los clarines que publican la debilidad de la mujer que encuentran fácil á sus antojos; enséñale que lo que los hombres de bien aprecian más en una mujer para casarse con ella es el recato y su integridad corporal; declárale que los hombres de honor se conducen con mucha medida cuando solicitan una niña para esposa; dile que la que llega al tálamo sin su virginidad, ignorándolo el marido, se expone á pasar una vida amarga é infeliz, pues á la menor queja ó incomodidad que haya, le estregará en la cara su anterior licenciosa conducta, avergonzándola á cada instante, desconfiando siempre de su fidelidad y mirándola con una indiferencia que en breve llega á ser un aborrecimiento declarado; repítele una, dos y tres veces en qué consiste el mérito y honor de una niña doncella; explícale más claro lo inestimable que es la presea de la virginidad y cuánto le conviene conservarla; y por último,

díle que para esto debe, en primer lugar, huir todas las ocasiones de familiarizarse sola con los hombres, sean de la clase ó condición que fueren, é insiste en que nos descubra su pecho con la confianza más sincera.

Esto es por lo que respecta á su bien moral; por lo que toca al físico, permítele que cuando se ofrezca, oiga hablar de las pasiones y gravámenes que son consiguientes á su sexo; déjala que sepa cómo se debe conducir una mujer en las diferentes épocas de su vida; de qué cosa se debe precaver; cuáles debe observar en obsequio de la conservación de su salud y bien de sus hijos y familia; hazle ver que una mujer enferma por su descuido y desarreglo hace una mala madre para sus hijos, una esposa de bastante gravamen para el marido y un eterno fastidio de su casa. Todo esto debes enseñar á tu hija en esta edad, y esto será abrirle los ojos con provecho.

Es una ridícula preocupación la de muchas madres que, con pretexto de no abrirlas los ojos á las niñas, las crían con tal encogimiento y con tal ignorancia, que ni saben qué es ser doncellas ni casadas, madres ni esposas. Esto no llamo yo recato, sino groserísima tontera. ¡Cuántas pobres muchachas han dejado de ser vírgenes sin saber lo que han perdido ni las funestas resultas de esta pérdida! ¡cuántas se han hecho enfermas toda su vida por no saber manejarse en los tiempos de sus enfer-

medades periódicas, y cuántas se casan sin saber qué obligaciones contraen en tal estado!

Lejos de tí, hija mía, semejantes absurdas preocupaciones que apadrina la ignorancia con nombre de virtud y de recato. No, no consiste la virtud en ser estúpidos ni en ignorar lo que nos conviene saber; consiste en la sencillez del corazón y en la exacta observancia de los preceptos de la ley.

El mismo Jesucristo nos dice: «Sed sencillos como las palomas, y avisados como las serpientes.» ¿Y cómo será una niña cauta en medio de la ceguedad, ni cómo se guardará de los peligros en que fluctúa su espíritu, su honor y su salud, si no tiene más luz que las tinieblas de una educación supersticiosa é ignorante?

No basta que instruyas á tu hija de los peligros que la cercan, es necesario que le evites todas las ocasiones en que los pueda hallar. Al hidrópico es menester quitarle el agua de delante, sin contentarse con decirle que le hace daño; esto ya él muy bien lo sabe. Y he aquí el segundo importante consejo que debes observar en la presente educación de Pudenciana. Ningún cuidado, ninguna vigilancia ni precaución está demás en su presente edad...

—¿Pero no la cuido yo? dijo Matilde, qué ¿quieres que la traiga yo como llavero?

— Sí, señora, sí, decía el coronel; no debe apartarse de tus ojos un instante. En la calle, en la casa, en las visitas, en el templo, en todas partes ha de ser su custodia tu presencia. Si el ojo del amo engorda al caballo, al ojo de la madre se conserva la honestidad de la hija. Siempre las niñas han estado expuestas á una misma enfermedad, y siempre se les ha ordenado el mismo remedio de precaución. San Jerónimo, que conocía bien el mundo, instruyendo á una señora llamada Leta, en el modo con que debía criar á su hija Paula, le dice: «No la dejéis jamás ir á parte alguna, si no fuere en vuestra compañía, y ni á visitar las capillas de los mártires ni á las iglesias vaya sin su madre.

»No consientas tampoco que se ría y burle de ella ningún mancebo, ni de los que traen copete; y cuando hubieres de velar ó trasnochar para celebrar la fiesta de algún santo¹, hágalo nuestra doncellita de tal modo que nó se aparte de su madre, ni aun por espacio de una pulgada.» Hasta aquí el Santo Doctor á nuestro intento.

¹ En la primitiva Iglesia acostumbraban los fieles celebrar á los santos mártires en los templos, empleando en ellos toda la noche de las vísperas en cánticos y alabanzas. A este desvelo se llamaba vigilia; pero por los abusos y desórdenes que se cometían después que se fué enfriando el primer fervor del cristianismo, está reducida en el día al ayuno y abstinencia de carnes, exceptuándose solamente la de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, en la que se cantan maitines y se celebran misas á media noche.

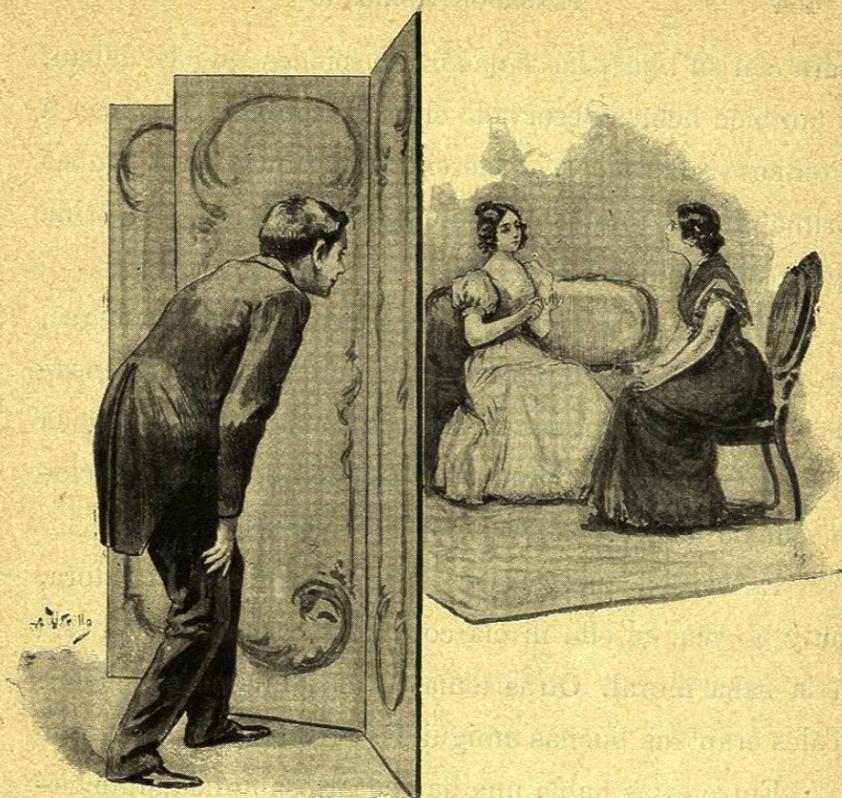
Su autoridad es muy recomendable; pero sin comparación lo es más la del Espíritu Santo, quien dice en las Sagradas Letras: ¹ «Si tienes hijos, enséñalos, corrígelos desde niños; si tienes hijas, guárdales sus cuerpos,» esto es, su virtud, su virginidad. ¿Y cómo cumplirá con esta obligación una madre abandonada que permite que la hija ya grande salga sola á la calle, y cuando más con una criada ó una amiga; que se esté sola, si se ofrece, en el estrado, charlando ó aun retozando con el caballero cortejante; que con pretexto de visita se aparte de su madre dos, tres ó más días; que á título de pobre, salga á la tienda y á hacer otros mandados, ó lo que es peor que todo, á pedir prestado á algún hombre un peso ó dos?

Pues todo esto se ve y no se quedan ocultas las resultas. Lo más gracioso es que muchas madres de éstas, después que ellas mismas permiten á sus hijas cuanta libertad apetecen, se asustan y se escandalizan así que las muchachas traen á sus casas el fruto del abandono con que las tratan. Entonces son las lágrimas, los gritos, los regaños y los golpes; golpes que más bien los merecen ellas que sus hijas, porque son la causa original de su ruina. Ello es cierto que si no hubiera tantas madres descuidadas, no hubiera tantas hijas prostituídas...

¹ *Eccl.*, cap. VII, 25 y 26.

Aquí llegaba el coronel, cuando entró Pudenciana avisando que ya estaba la cena.

El coronel mandó poner la mesa y se fué á cenar con su familia.



CAPITULO XX

En el que se refiere la conferencia de Pomposita con una amiga suya y el solemne modo con que los colegiales le pusieron por nombre QUIJOTITA

¡Qué cierto es que los hijos, por lo común,¹ son lo que los padres quieren que sean ó como los hacen ser, ó con su educación ó con su ejemplo!

Ya hemos visto la conducta del coronel y de Matilde

¹ No en lo general; porque hay padres muy buenos que hacen cuanto está de su parte para que sus hijos se logren, y sin embargo, éstos se pervierten por sí mismos; pero esto es lo más frecuente. Regularmente los hijos aprenden de las costumbres de sus padres y corresponden á la educación que se les da.